

PROPUESTAS Y TESTIMONIOS DE VÍCTIMAS: CUANDO EL SUFRIMIENTO NO IMPIDE PENSAR NI ACTUAR

Juan Gutiérrez

Moderador de la mesa redonda.

Para las V Jornadas de Noviolencia Activa propusieron sus organizadores, Bidea Helburu, reflexionar sobre la participación de la ciudadanía empeñada en vivir junta la solución en paz de los conflictos que nos dividen y, en especial, sobre la ubicación en ella y la actitud de las víctimas. Para ello, se organizó una mesa redonda con el título “Propuestas y testimonios de víctimas: cuando el sufrimiento no impide pensar ni actuar”.

En este sentido, invitaron a Donostia a “víctimas, familiares y allegados que luchan diariamente por transformar su dolor y la pérdida de sus seres queridos en caminos de paz, de búsqueda de diálogo y justicia. Luchan para romper la cadena fatal de resentimiento y violencia, más resentimiento y más violencia. Luchan para evitar que se instrumentalice su sufrimiento para acumular poder”.

Participaron en la mesa redonda las siguientes personas

- Ivana Molinari, del Movimiento Cromañón, Buenos Aires
- Victoria Mendoza, psicoterapeuta torturada por la policía mexicana
- Óscar Hernández Gordillo, que perdió a su mujer en el 11-M
- Grupo de análisis tras el 11-M, Madrid
- Jo Berry, hija de un diputado conservador muerto en atentado del IRA contra Margaret Thatcher, en Brighton.
- Pat Magee, miembro del IRA que participó en el atentado de Brighton.

MOVIMIENTO CROMAÑÓN ARGENTINA

IVANA GARCIA MOLINARI

Primero, buenos días. Es todo un desafío contar la situación de Buenos Aires, lo que ha ocurrido, cómo se ha reaccionado de forma colectiva, para que entiendan cómo he reaccionado yo a nivel personal. Son dos años de historia, sin contar las condiciones necesarias para que ocurra este hecho, que son previas. Voy a intentar hacer una “súper síntesis” y explicar por qué estoy aquí.

Mi nombre es Ivana, y he perdido a mi hermana en un incendio que hubo en una discoteca (Cromañón) en Buenos Aires, hace dos años, en realidad se van a cumplir el 30 de diciembre, esto fue de 2004, que acabó con la vida de casi 200 personas, la mayoría jóvenes.

¿Cómo ocurre una cosa así en una ciudad que todos tenemos entendido que es de las más europeas de América? (Se la suele llamar así a Buenos Aires). ¿Cómo? Por la connivencia de una fuerte corrupción en el ámbito político, empresarial, y en la sociedad misma. La cultura de la corrupción. Siempre que exista la posibilidad de conseguir objetivos rápidos y económicos, ése será el camino que se escoja; lo inseguro, lo inestable, total “no me va a pasar nada”. Eso desde lo social. Desde lo político existen las tranzas, las relaciones con los empresarios que facilitan ciertas condiciones a cambio de dinero, simple y llanamente. La corrupción en la seguridad juega con la vida de todos.

El caso de las discotecas es el negocio casi más grande que tiene la ciudad. Hay muchísimas discotecas. Incluso en sitios que son reservas ecológicas. Esto sucede con el consentimiento del Gobierno. Los locales bailables no cuentan con las medidas de seguridad que tienen que tener, es más fácil pagarle a quien te va a echar el vistazo, te cuesta menos que poner todo el sistema de materiales ignífugos, salidas correspondientes, ventilación, etcétera. La Policía también tiene un papel en esta historia, ellos están en la puerta contando cuánta gente entra, por cada 100 personas de más que dejan ingresar les das un plus, ellos no dicen nada y que la gente pase. Eso ocurre en todas, y específicamente en la que ocurrió el incendio, lo mismo.

El 30 de diciembre de 2004 se permitió el ingreso de pirotecnia al recinto cerrado. No existía ventilación alguna porque la que había estaba tapada. Ya había habido dos antecedentes de inicios de incendio que habían sido apagados por el público, porque los extintores no funcionaban, estaban gastados o vencidos. De las ocho turbinas de aire que tenían que haber obligatoriamente, sólo contaba con cuatro, de las cuales sólo funcionaba una y a medias. Había un control de seguridad en la puerta que permitió que parte del público ingresara pirotecnia y luego también se ha encontrado en el camarín de los músicos dos cajas de pirotecnia. Ellos invitaban a una fiesta de la pirotecnia incluso en la propaganda. Locuras, esto pasa generalmente en Buenos Aires, es algo común, es muy triste.

Dentro del lugar se desata un incendio en el techo que era media sombra, una tela que cuando entra en combustión desprende muchísimo monóxido de carbono y a la vez cianuro en gas. Había entre 4.000 o 5.000 personas (no hay número oficial) en un lugar

que estaba habilitado para 1.000. Las salidas de emergencia eran las de la entrada, 4 puertas, y las otras salidas eran alternativas que daban al hotel de al lado. El gerente de Cromañón cerró esas puertas con cadenas y candados. Al desatarse el incendio se cortó la luz, la gente intentó salir por esas salidas alternativas y se encontraron que estaban cerradas. Intentaron salir por la puerta y se apiñaban ahí, eran 4.000 personas intentando salir por cuatro puertas.

No funcionó el plan de emergencia. Los chicos que salían volvían a entrar a buscar a su hermano, a su primo, a sus amigos, a su novia, a sus hijos (porque muchos fueron a acompañar a sus hijos). Se sabe, demostrado dentro de la causa, que más del 30% de los fallecidos murieron a causa de haber vuelto a entrar. Incluso está el caso de un socorrista que murió por ir a rescatar a gente. El humo era muy espeso y la mayor parte de la gente quedó inconsciente ahí dentro a los 3 o 4 minutos de estar inhalando, incluso con menos tiempo. Si no entraba la gente a sacarlos ahí quedaban. No hubo la cantidad de socorristas que tenía que haber habido. No se armó un hospital de campaña en el lugar para proporcionarle oxígeno a la gente, que era lo que necesitaba.

Yo no estuve en la discoteca, me entero por la tele y voy enseguida al sitio. No pude entrar porque los propios chicos me lo impidieron, pero no estaba la Policía ahí diciendo “no se puede pasar, es peligroso”. No estaba la Policía articulando el tránsito para que pudieran llegar las ambulancias antes. Y había oxígeno en las ambulancias, había tubos de oxígeno, pero no había mascarillas para ponérselas a los chicos. En ese caso, ¿para qué tener el oxígeno si no se lo puedes dar?, ¿para qué te sirve?

No funcionó absolutamente nada. Se mandaban a todos los chicos a los únicos dos hospitales que estaban más cerca. Esos dos hospitales estuvieron desbordadísimos, con los chicos en los pasillos, compartiendo la misma mascarilla de oxígeno, era un tubo y cinco chicos. Los propios chicos atendiendo al resto porque no había personal suficiente, y por otro lado hospitales vacíos, esperando el traslado.

Con todo esto, una se siente atacada por todos lados: no *tenés* derecho a la salud, no *tenés* derecho a un trabajo digno, no *tenés* derecho a una vida normal, y directamente no *tenés* derecho a la vida.

Cuando ocurrió esto yo tenía 18 años, ahora tengo 20, no soy mucho más mayor, pero sí fue en un momento muy conflictivo, porque... voy a intentar explicar mi reacción. Es difícil: yo esa noche me la pasé buscando a mi hermana, recorrí todos los hospitales, todas las morgues, todos los tanatorios, la calle donde estaban los chicos tirados... Iba con mi mamá... si había que entrar a la UVI, entraba yo porque no iba entrar mi mamá. Me puse la coraza de “soy fuerte y tengo un objetivo, que es encontrarla, y da igual todo lo que vea porque tengo que encontrarla”. La encontré, también fui a reconocerla yo, porque mi mamá no estaba en condiciones y mis hermanos tampoco. A partir de ese día mi reacción durante los seis meses siguientes fue igual, lo contrario a lo que le ha pasado a Oscar (que intervendrá posteriormente y perdió a su mujer en el 11-M). Yo no podía estar mal en casa, porque todos estamos mal; mi manera de aportar un granito de arena fue intentar hacerme cargo de la mayor cantidad de cosas posibles. Creo que en ese momento me centré en que había muerto la nieta de mis abuelos, la hija de mi mamá, la hermana de mis hermanos... de alguna forma era el no aceptar mi situación personal. Un sobre entendimiento de: “claro, dice esto porque está mal”, “claro, esto ha ocurrido por...”, racionalizar todo lo que había pasado, y buscar responsabilidades,

relacionarme con gente que estaba en mi misma condición. Era tomar: “me ha ocurrido este hecho, bueno hay que actuar y hay que resolverlo”, sin pensar más.

Cuando tengo que explicar el porqué de mi reacción se me pone muy complicado, porque no lo sé. Surgieron nuevas necesidades en mí, y se borraron absolutamente todos los proyectos que yo podía llegar a tener, ya fueran a nivel emocional, de pareja, ya fueran inquietudes o relaciones de amistad, ya fuera una carrera que quería, ya fuera un trabajo... Todo eso se truncó. Así como se truncó la vida de mi hermana, la mía también de alguna manera. No me apetecía hacer nada más que buscar una solución. Además surgen nuevos compromisos con las otras familias que estaban atravesando lo mismo que la mía.

Mi reacción desde entonces ha sido la de buscar la alternativa para que esto no vuelva a ocurrir. Empezar a dar charlas en colegios y en las universidades, hablar con los jóvenes acerca de que no nos cuida nadie, por lo que cuidémonos nosotros o ya sabemos... Estimular las denuncias, nuestro Gobierno funciona así... por denuncias, pero hasta que no haya 25 denuncias no van a inspeccionar. Ir a recitales para hablar con los chicos, porque en todo esto hay una manipulación mediática de culpabilizar a los jóvenes, de no hacerse cargo de las propias responsabilidades. Voy a recitales a decir que no estamos en contra de que se hagan esos recitales, nosotros queremos que se hagan, pero en condiciones, ya que está en juego tu vida. Concienciar a la sociedad que estamos en una alerta máxima, que el peligro es constante, que Cromañón ha ocurrido el 30 de diciembre pero que sigue habiendo muchos cromañones en todas las esquinas, que los hospitales siguen sin los insumos (materiales, instrumentos), y que si llega a ocurrir algo no se va a poner el plan de emergencia allí.

¿Por qué lo hago? No lo sé, tengo esas necesidades, son sensaciones, no sé explicarlas. Me he humanizado más. Me he preocupado por conocer mejor las cosas y he dejado de tener las preocupaciones que tenía a los 18 años, o a los 17; pero no lo confundan con madurar... Yo no he madurado... Yo he cambiado. Por ahí, en algunos aspectos, sí he madurado, pero yo no he crecido de golpe... he cambiado de golpe. Soy otra persona. Conservo muchas cosas y muchas otras, no. Como no puedo explicar el porqué, ahí lo dejo.

¿Cómo surge el movimiento Cromañón? De manera espontánea surgen manifestaciones durante la primera semana, después del 30. A éstas, la mayoría de los familiares no asistimos. La primera marcha a la cual fuimos un número importante de familiares fue cuando se cumplió una semana de la masacre. A partir de ese día se decidió que marcharíamos desde el lugar del incendio hasta la casa de gobierno todos los jueves y los días 30.

Marchando por los chicos nos fuimos conociendo y armando reuniones para empezar a articular las actividades y exponer nuestros pensamientos. Surgen distintos grupos por una cuestión de comodidad regional e ideológica. Pero siempre hubo una reunión de articulación de grupos o asambleas en las que participábamos todos y de la cual surgen los voluntarios para escribir el documento consensuado que se lee frente a la Casa Rosada, en la Plaza de Mayo, cada día 30.

También empezaron a surgir símbolos como el santuario que se creó en esa misma noche en la esquina de Cromañón, las zapatillas, una plaza de la memoria que contiene

las fotos de todos los chicos, un bosque de la memoria en el que fueron plantados 194 árboles, una muestra de fotos de los chicos, de las marchas, que convierten el número 194 en 194 vidas robadas, una murga (típico de Buenos Aires: grupo de música de percusión y cantos de denuncia, caracterizado por los trajes y bailes que representan sus integrantes) de sobrevivientes, entre otros.

El movimiento consiguió la destitución del jefe de gobierno (alcalde) de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, por incumplimiento de sus deberes como funcionario público mediante el mecanismo de juicio político, donde los políticos son juzgados por sus pares. Y actualmente, en la causa penal troncal, están imputados todos los integrantes del grupo de música, el gerente (y su mano derecha) de la discoteca, policías, inspectores y funcionarios públicos de la ciudad de Buenos Aires. A la vez existen dos causas conexas a la troncal: una por abandono de personas y otra por asociación ilícita.

Nota: Para más información sobre el movimiento Cromañón, en el libro “Generación Cromañón. Lecciones de resistencia, solidaridad y rocanrol”. Lavaca editora. Puede comprarse desde esta página:

<http://lavaca.org/especiales/editora/generacion-cromanon.html>

VÍCTIMA MÚLTIPLE

TESTIMONIO DE VICTORIA MENDOZA, PSICOTERAPEUTA.

Cuando me llamaron para participar en una mesa redonda sobre víctimas, yo pregunté sobre qué tenía que hablar, porque he sido víctima como mujer maltratada, he sido víctima como inmigrante, víctima del maltrato social, y he sido víctima de torturas policiales en México junto a tres de mis hermanos. En todos esos casos he intentado transformar dichas situaciones y he llegado a una serie de conclusiones.

Como mujer maltratada, tenemos que hacer mucho por atender psicológicamente no sólo a la mujer maltratada sino al hombre maltratador, y hay que afrontar un trabajo preventivo: cómo hacer que la mujer adquiera más herramientas psicológicas para no dejarse maltratar, ésta es la base. A partir de ahí fundé una organización de mujeres inmigrantes, que fue la primera donde también pudieran participar los hombres, pues no veía posible que las mujeres pudiésemos avanzar si los hombres no se implican en cuestiones de género.

En el tema de la inmigración, ante la falta de derechos y por mis experiencias, porque no quiero que nadie pase por lo que he pasado yo, fundé una asociación multicultural con la premisa de no formar ghettos: no debía ser una asociación sólo de latinos, o de africanos, o de argentinos... debe ser, en cambio, una asociación multicultural donde estén todos los continentes y donde también haya vascos, pues de otra manera no vamos a conocer la cultura donde estamos. Crear la asociación es la manera de transformar este maltrato social por ser inmigrante.

Yo y tres de mis hermanos fuimos torturados: durante 11 días sufrí todo tipo de torturas junto a mi hermana mayor, y las más fuertes fueron psicológicas, el ver cómo torturan a tus hermanos, las amenazas de que les van a matar... Todo lo que nos hacían a cada uno (golpes, la cabeza en el agua...) “no lo sentíamos”, en ese momento estábamos como congelados y lo que más sentíamos era lo que les hacían al resto de hermanos.

Mis hermanos pasaron tres meses en el llamado Campo Militar nº 1. A mi hermana la violaron en repetidas ocasiones en presencia de uno de mis hermanos, que veía cómo le aplicaban las descargas eléctricas.... Mi hermana quedó embarazada. Además existen las víctimas pasivas, que son el resto de mi familia: otras dos hermanas que no fueron detenidas y mis padres, que afrontaron una lucha muy intensa gracias a la cual estamos vivos, ya que en esa época de guerra sucia muy pocas personas salieron vivas de ese campo militar número 1.

Cada cual lo hemos vivido de diferente manera, y en mi caso, observando mi propio proceso y el proceso psicológico de la gente que yo he atendido durante más de 20 años trabajando como psicoterapeuta especializada en los temas del dolor y el sufrimiento, pude darme cuenta de que primero hay una fase de negación: niego, no tomo conciencia. A mí me pasó, como mujer maltratada, que no quería creer que me estaba dejando maltratar. La negación puede durar días, meses, años o toda la vida, como le ha pasado a alguno de mis hermanos, que no quiere hablar ni escribir de ello, e incluso los sobrinos se han enterado recientemente. Las hermanas sí hemos podido hablar de ello.

Lo segundo es la rabia: ¿Por qué a mí? ¿Por qué le pasa esto a mi familia? Yo entonces pensaba que mi madre sufrió mucho, pero ahora que yo soy madre, me doy cuenta de

que mi madre, además, fue la peor de las víctimas, pues sabiendo que nos estaban torturando ella decía: “Quiero que me traigan el cuerpo de mis hijos, no me importa que estén muertos, sólo quiero saber que no les van a tocar más”. Yo, ahora, como madre, entiendo ese dolor. Pero aquello no la dejó inactiva ni congelada, al contrario, luchó más.

Así como la negación puede durar muchos años o toda la vida, también podemos quedar enganchados a la rabia, viviendo desde el resentimiento. En mi caso, durante varios años viví así. Yo estaba resentida y dolida con el mundo, me habían frustrado mis sueños revolucionarios: mis abuelas son vascas, y cuando llegaron a México participaron en la revolución activamente, mis padres participaron fundando escuelas rurales, en la guerrilla, y por lógica, por herencia, ya teníamos esas ideas revolucionarias de izquierdas. Era algo vivencial, pues en México siempre ha habido mucho movimiento social, mucha corrupción contra la que pelear, y mucho que reivindicar.

Yo estaba dolida porque habían frustrado mis sueños y los de mis hermanos, nos habían causado sufrimiento, sentía una rabia muy intensa y esto me hizo también vivir en lucha constante con todo el mundo. Poco a poco fui trabajándome el tema del dolor, el sufrimiento y la rabia: si me quedo enganchada en la rabia no puedo conectar con mi propio dolor y mi propio sentimiento. Tuve que sentirme desdichada, miserable. Tuve que procesarlo, y al poder ver mi propio dolor, ello me ha permitido ver el dolor o los motivos del otro. Cuando hice el doctorado en Psicología Social, pude hacer un trabajo muy interesante que me llevó a escribir sobre los motivos de nuestros torturadores: no creían en nuestras ideas y creían que pacificándonos hacían un bien a la sociedad. Otro de los motivos de la reflexión era el de que eran unos sicóticos y que disfrutaban torturándonos. Otro más era el de que tenían un sueldo y torturarnos era su trabajo.

No es necesario que yo esté de acuerdo con el otro, yo no puedo estar de acuerdo con los motivos de mi torturador, pues no creo que haya motivos suficientes para torturar a la gente, nunca estaré de acuerdo con la tortura, pero entender que él tenía sus propios motivos a mí me quita mucho peso, me quita mucha carga de algo que no me corresponde. Igual me pasó con la pareja: ver su capacidad, su proceso, su momento, me hace entender muchas cosas. El “ver al otro” me ayudó en mi superación del dolor.

Posteriormente, en los temas de inmigración, multiculturalidad... en los talleres grupales organizados para hablar del duelo tras dejar mi país y mi familia, te das cuenta de que el dolor no conoce fronteras ni razas y tiene las mismas causas: eso me hizo ver más allá de mi propio dolor, me sanó mucho y me dio mucha calma, mucha paz. No puedo concebir el hecho de que alguien hable, por ejemplo, del 11-M y no vea también el dolor de los árabes, o el de la gente de las torres gemelas, sin ver el sufrimiento de otras mujeres y niños que están muriendo todos los días. Tenemos que ver el dolor en su amplitud, sin ver sólo uno u otro, ver todo. No puedo concebir el dolor tras un atentado de ETA sin ver el dolor por el que pasa un preso político o un torturado; el dolor de las madres de unos y otros es igual de grande.

La posibilidad de exponer esto en público, relatar la experiencia... puede funcionar. Nos podemos creer muy racionales, muy fuertes, creer que aquí ya no pasa nada, y durante años podemos sentir eso, pero cuando hacemos terapias grupales se trabaja mucho la emoción, el sentimiento, y es ahí donde resurge todo ese dolor, toda esa rabia, un

sufrimiento que hay que reconocer y tomar conciencia de ello. Yo no tuve necesidad de tanto llanto ni de tanto drama: yo vengo de una familia con sufrimientos muy fuertes: mis abuelos fueron torturados en la revolución, mi abuela cayó en coma por la peste a los 17 años, y cuando salió en sí le dijeron que toda su familia había muerto, y desde entonces no supo qué era llorar. Yo también olvidé lo que era llorar y tuve que aprenderlo de nuevo.

Pero lo que sí sirve en estos casos tan duros es no tanto que te vean los otros sino observarte a ti mismo, descubrir qué está pasando dentro de ti, cómo puedes desengancharte de la negación, y luego de la rabia, centrarte en el dolor y luego pasar a la claridad de ideas. No todo es bonito o de color rosa, el mundo es injusto y yo seré una luchadora social hasta morir, pero mis expectativas son más realistas: no creo en el cambio total de un día para otro, ni en que yo pueda aportar mucho de mi parte, pero sí puedo aportar algo, y el hecho de que yo siga en la lucha contra la injusticia me satisface. Yo pude haber muerto, y no sé por qué milagro de la vida estoy viva, y tengo que agradecerlo cada día haciendo algo útil y práctico para mí y para los demás.

CÓMO ROMPER LA CADENA DEL 11-M

ÓSCAR HERNÁNDEZ GORDILLO

Hola, buenos días. Como ha comentado Juan, perdí a mi mujer en los trenes del 11 de marzo. Allí se truncó una vida con 25 años, iba junto a su amiga, que también quedó gravemente herida, y ahí fue donde comenzó un camino muy duro, se terminó su camino pero el camino que me quedaba a mí era un camino duro, de dolor, desesperanza, tristeza... muy negro.

A la hora de invitarme a estas charlas, para mí supuso una especie de reto. De venir aquí a contar. ¿Qué podía contar que ayudase a la gente? Creí más importante, y me aconsejaron importante, contar mi reacción personal.

Yo, antes del 11 de marzo, no era una persona activa políticamente. Llevaba una vida normal, tranquila, trabajando, mi matrimonio, pensando en formar una familia... no era un persona con inquietudes políticas. Mi despertar político fue levantarme contra la guerra de Irak junto a mi mujer (fuimos a las movilizaciones, hicimos pancartas, etc.). Fue reaccionar ante algo que ocurría a miles de kilómetros y que después desencadenó la muerte de mi mujer.

Ahí es donde surgen un montón de dudas. A partir de la muerte de mi mujer soy un mar de dudas, sólo son preguntas de por qué, por qué razón, quién ... todas esas dudas, además, son fomentadas por parte de la sociedad, con lo cual durante seis meses pierdo mi vida, me enclaustro en casa, y sólo soy un mar de dudas, un foco de odios y de rabias. Eso quiero compartir con vosotros, que ante un hecho así, que te arranquen lo que más quieres en tu vida, por una razón que tú no ves justa, y que no sabes si quiera qué razón es, lo mismo conviven el odio y la rabia con una ultra humanización y de empatía con lo que ocurre. Surge un sentimiento de que no me deja indiferente nada de lo que ocurre alrededor mío; pero ese alrededor mío se va hasta países lejanos donde están ocurriendo cosas. Poco a poco voy sintiendo esa empatía, esa ultra humanización, ese odio y esa rabia, y ver que tengo que manejar eso para no desencadenar en violencia todo ese odio.

Empiezo un proceso personal e instintivo según va surgiendo la vida, de convertir ese odio en algo positivo. Necesitaba convertir -no podía ni hacérmelo a mí, ni hacérselo a mi familia, ni hacérselo a mi mujer...-, convertir todo ese odio, toda esa fuerza en algo negativo, no podía. Hubiese sido una salida muy fácil, la más simple, la más fácil. Pero quizás el arropo social que sentí, el estar rodeado de gente con actitud ante las cosas no indiferente, muy comprometida pero no violenta, eso fue lo que fomentó que encontrase ese punto donde podía salir todo ese potencial, toda esa fuerza, todo eso que surgía en mí de decir “no puedo quedarme impasible ante lo que ocurre”, necesitaba un reacción, necesitaba transformar ese odio en algo positivo. Romper, como dice un grupo de víctimas del 11-S, “Mañana en Paz”, romper la cadena de odio, no podía seguir con la cadena de odio. Había algo que me decía -no era nadie en concreto-, que tenía que romper esa cadena, no podía seguir, no servía de nada.

Y entonces comienza un deambular por reivindicaciones, en un movimiento activo por conseguir algo. Hablar de justicia, responsabilidades, de transparencia.... El grupo al que pertenezco lo tiene muy marcado, pero realmente lo que nos une no es esa exigencia hacia fuera, sino el entrelazarnos, entrelazar sentimientos y poder compartir con el otro,

compartir y mirarte en el otro para entenderte tú, y para vaciar toda esa carga de odios, de rabias, de dudas.... todo ese tipo de cosas.

En un momento me cuestioné mi desvictimización. No sentía que seguir el rol típico de víctima porque realmente cuando te ocurre esto no estás preparado para lo que pasa en tu vida, te arrancan una parte de tu vida y te lo arrancan por algo ajeno a ti o que te parece tan lejano a ti. Lo que tenía aprendido era el rol de la víctima: de la lamentación, de la paralización, de la tristeza... y decido enfrentarme a esa desvictimización y no andar en la tristeza, buscar el punto positivo, no buscar la revancha y la venganza, sino buscar maneras de fomentar hacer algo para que no vuelva a ocurrir, sea lo que sea, pero con una justificación dentro de unos valores éticos de respetar al otro, porque el otro perfectamente puedes ser tú. Según nuestras vidas te toca estar en un sitio o en otro, mañana puedes estar ahí donde está ese otro que tanto odias y que tanta rabia tienes tanto denigras, podías haber sido tú o puedes estar mañana allí.

Contar un poco la experiencia dentro del grupo “Red ciudadana tras el 11-M”, así nos llamamos. Somos gente que poco a poco nos hemos ido reuniendo, y quizás entretejiendo más lazos afectivos que como grupo. Somos muy horizontales, no hay ningún tipo de representación ni cargos. Somos gente afectada que quiere hacer algo por lo ocurrido, buscar ese hacer algo. Hay lo mismo familiares de fallecidos, heridos, gente que su vínculo es la afectación social; la afectación de lo que ha ocurrido socialmente, porque lo sintieron esos días, lo sintieron muy dentro. Es el caso de mis dos compañeros que hablarán después.

Nosotros, muchas veces, nos sentimos en medio de un mar de disputas, de complicaciones, de enfrentamientos, que sentimos como externos al grupo. Intentamos fomentar una unión dentro del grupo para salvaguardarnos, para sanarnos de todo ese enfrentamiento exterior que ha surgido a raíz del 11-M. Mis compañeros explicarán un poco más sobre el grupo.

Reacciones

Pregunta: ¿Cómo podemos ayudarte personalmente la gente que estamos a este lado y que no hemos sufrido? ¿Cuál puede ser la pregunta más adecuada o la actitud más adecuada? Imagínate que soy un vecino tuyo o un compañero de trabajo tuyo...

Respuesta: Yo creo que la actitud es ser franco, lo que pedimos muchas veces es la franqueza de sentimientos, de hablar las cosas. Ése es un proceso de desvictimización, siempre tenemos la imagen de “has sufrido” “te ha pasado esto”... pero sigo siendo una persona... sigo siendo una persona que tiene voz... y dentro del grupo de víctimas mucha gente no lo hace activo. Yo creo que es la normalización y el arropo social, cuando te ocurre un hecho así, es muy importante sentirte entendido y arropado, que haya gente a tu lado, verte solo ante esto tan grande que es tan difícil de asumir muchas veces, es un camino muy duro. El arropo, el estar ahí... Unas veces es hablar, otras veces es preguntar, otras veces es simplemente tomar un café, otras veces es llorar juntos... Pero sí es cierto que quien sufre un hecho así, sea por lo que sea, necesita un respaldo por parte de la sociedad.

Pregunta: ¿Crees que si aquel atentado lo hubieran hecho los que decían desde el gobierno hoy estarías aquí?

Respuesta: Posiblemente hubiese sido más difícil, pero si te digo la verdad, en los primeros días no pensé en ningún momento ni quién era ni quién no era, no fue algo que me planteaba, eso fue una pregunta a posteriori... Pero realmente ¿qué más da quién lo haya hecho? El hecho está ahí... y si ese hacer algo supone tener que venir y hablar lo mismo que he hablado, hablaría exactamente lo mismo. Lo haría, porque es ese hacer algo por lo que ha ocurrido. A lo mejor hubiese tenido más sentido, incluso, pero yo al venir aquí y hablar, es sacar lo que sentí, para que se entienda desde fuera, porque yo también hago un proceso de entender a quien ha hecho el atentado, a quien hace este tipo de actos, también hay que mirar, no hay que encerrarse en uno mismo.

LAS LUCHAS DEL VACÍO GRUPO DE ANÁLISIS TRAS EL 11-M

Este texto es una ampliación de nuestra intervención en la mesa redonda que, bajo el título “Cuando el sufrimiento no impide pensar ni actuar”, tuvo lugar en San Sebastián el 4 de noviembre de 2006. En aquella intervención, por la escasez de tiempo, sólo pudimos explicar algunas cápsulas o flashes de nuestra experiencia a partir del 11-M. “Las luchas del vacío” prolonga también el artículo “Desarmar la inseguridad”, publicado en la revista “Espai en Blanc” y escrito por Margarita Padilla, cuando no conocía aún la experiencia de la “Red ciudadana tras el 11-M”. Mientras que el recorrido de ese primer artículo sólo llega hasta la comparecencia de Pilar Manjón en la Comisión de Investigación del 11-M, en diciembre de 2004, ahora incorporamos una reflexión tras dos años de participación en la “Red ciudadana tras el 11-M”.

Este texto va a seguir el mismo esquema de nuestra exposición, que se dividió en seis apartados:

- Lo que nos pasó el 11-M.
- El ciclo de luchas que descubrimos.
- Las prácticas que se despliegan.
- Las dificultades para sumarse a estas luchas.
- Las amenazas que las atraviesan.
- Las trazas de estas luchas en otras.

Lo que nos pasó

Antes que nada hay que aclarar que cuando, por brevedad, nos referimos al 11-M hablamos en realidad de todo lo acontecido desde el 11 hasta el 14 de marzo de 2004; aludimos, por tanto, a la vivencia de *un largo día* que tuvo tres noches.

¿Qué nos pasó el 11-M? Por decirlo muy brevemente, lo que nos pasó fue que el acto terrorista abrió un agujero negro. Algunos testimonios de personas que viajaban en los trenes hablan de que tras las explosiones sintieron “oscuridad, silencio y vacío”. Y no olvidemos que “en ese tren íbamos todos”.

La realidad dejó de ser *obvia* en el momento en que tuvimos que preguntarnos “¿qué está pasando?”, y sobre todo “¿qué nos va a pasar?”: “¿cuántas bombas hay?”, “¿dónde están?”, “¿quién las ha puesto?”, “¿por qué?”, “¿para qué?”...

El Gobierno trató de saturar ese agujero negro reafirmando un sentido previo (el enemigo es ETA y, por añadidura, que nadie se mueva de la foto) y llamando a la movilización. Si el lema de la manifestación oficial, convocada para el 12 de marzo, fue “Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del terrorismo”, su sentido implícito era: “Todos detrás de sus representantes”.

Antes de esta manifestación, el mismo día 11, se convocó una asamblea que reunió a parte de la gente proveniente de las redes militantes en las que nosotros participamos. En esta asamblea, las intervenciones más decididas abordaron el acontecimiento desde un punto de vista estratégico y con saberes previos: lo importante era analizar cómo el acontecimiento iba a producir una fascistización de lo social y cómo los movimientos

sociales podíamos protegernos de ella. Se propuso acudir juntos a la manifestación gubernamental y organizar la autodefensa ante la posibilidad de que se identificase al bloque *de izquierdas* como cómplices de ETA y, por tanto, de lo sucedido. Es cierto que en la asamblea hubo también intervenciones más existenciales, mucho más inseguras respecto al porvenir, pero el hilo conductor de la asamblea fue el análisis estratégico de la coyuntura abierta.

Estos análisis estratégicos autocentrados, así como su falta de sensibilidad hacia el dolor, de afectación por el sufrimiento y de apertura hacia lo indeterminado de la situación (lo importante, pase lo que pase, es pensar en nosotros y lo que podemos perder como movimientos sociales), consternó a parte de los asistentes, que percibieron una fuerte sensación de irrealidad (¿cómo es posible que, con lo que está pasando, se diga lo que se está diciendo? Si yo estoy temblando, ¿cómo es que ése se muestra tan seguro? ¿Estará él loco o lo estaré yo?). Esa ausencia tan marcada de común provocó que no se llegaran a tomar acuerdos fuertes.

Sin embargo, contra toda hipótesis, lo social produjo el día 13 una respuesta insólita, caracterizada por la multiplicidad (no se acudió en bloques), el anonimato (nadie convocó y por eso fuimos), la autonomía (se autoconstruyó el sentido desde dentro y sobre el terreno), la creatividad (contra los lenguajes sabidos y gastados proliferaron mil consignas nuevas), la ausencia de utopía (“mañana votamos, mañana os echamos”) y la incorporación del duelo a la protesta (se improvisaban minutos de silencio que iban tachonando el curso entero de la manifestación incontrolada del día 13).

Justo cuando el Estado (el consenso de todos los partidos en la cabecera de la manifestación del 12) quiso fundirse con lo social mediante el miedo, una respuesta imprevisible de valentía colectiva lo mantuvo a distancia, reactualizando otras acciones de ruptura como el “No a la guerra”. El PP no pudo utilizar la muerte de 192 personas como propaganda electoral ni como elemento de gobernabilidad. Muchos consensos de Estado se deshicieron ese día, como se demostraría durante la siguiente legislatura.

Si el acto terrorista abrió un agujero negro, desplomando todas las obviedades, la reacción social desde este agujero negro hundió nuestras certezas militantes, y de este hundimiento emergió una pregunta radical e insistente: ¿Qué ha pasado?

Sosteniendo esta pregunta, ya no se puede seguir haciendo lo que se hacía antes. Hemos perdido la realidad, descreemos de lo que hacíamos y una vuelta atrás se hace insoportable. Hacer de esta pregunta una línea política, persistir en el acontecimiento, elaborar su irreversibilidad, hacer que sus intensidades y sus marcas no lleguen a desvanecerse..., todo ello depende de una construcción, de una decisión (no libre).

El “ciclo de luchas” que descubrimos

A partir de ahí, nuestro “qué ha pasado” busca encontrarse con otras preguntas igualmente insistentes y radicales, que no mayoritarias ni hegemónicas. Por referencias, pero sobre todo por encuentros personales, vamos conociendo cómo, desde condiciones muy diversas, luchas que en un plano corporativo no tendrían nada que ver están, sin embargo, conectadas por el resonar de preguntas comunes, preguntas por el sentido, enunciadas siempre en el vacío y desde el vacío.

Así, descubrimos una especie de “ciclo de luchas” en el que:

- Unas se desarrollan bajo gobiernos progresistas, como la “Red ciudadana tras el 11-M”; otras, bajo gobiernos conservadores, como “Mañana en Paz”, un grupo de víctimas del 11-S en EE UU, que desde el primer momento se han opuesto muy activamente a las guerras preventivas.

- Unas son reconocibles como tales, como el Movimiento Cromañón, en Buenos Aires, con una notable capacidad de movilización, presencia mediática...; otras no llegan a expresarse y de ellas no sabemos nada, como lo que pueda estar pasando entre los afectados por el accidente del metro de Valencia, con más de 40 muertos en julio de 2006.

- Unas se dan sobre un sustrato de politización previa, como en el caso de la familia de José Couso, reportero asesinado por las tropas de los EEUU en Irak, que convoca concentraciones todos los días 8 ante la embajada de los EEUU en Madrid; otras, sin experiencia de lucha previa, como es de suponer que haya pasado en el caso Yakovlev-42, el avión estrellado en mayo de 2003 que provocó la muerte de 62 militares españoles.

- Unas veces el acontecimiento enseguida se hace de dominio público, como en el incendio de Guadalajara en verano de 2005, donde la muerte de once retenes forestales inmediatamente subió a la palestra de las confrontaciones políticas; otras no sale de lo más privado, como en los innumerables accidentes laborales, siempre vinculados a la precariedad.

Son luchas que van desde las *banlieue* de París o el Nueva Orleans arrasado por el Katrina hasta la valla de Ceuta y Melilla o las muertes que diariamente se producen en carretera, pasando por el 11-S, el 11-M, Cromañón, Guadalajara... o el caso más cercano (geográfica y políticamente) de Berga... ¡Y en tantos otros escenarios de la catástrofe contemporánea!

Pero no se arma una lucha porque alguien muera; ni siquiera porque muera mucha gente. ¿Qué es lo que verdaderamente puede armar una lucha? Se arma una lucha cuando alguien señala la muerte acaecida como una “muerte política”. Entonces, ¿qué significa señalar con el dedo y afirmar que “esa es una muerte política”? Significa rebelarse ante el hecho de que ese ser único e irrepetible, cuya ausencia abre un vacío que jamás podrá ser colmado, murió (lo mataron) sin que llegara a “tener una vida”. Significa asumir que *esto* no funciona, que es intolerable, que las condiciones de vida hiperprecarias sitúan a la mayoría de la humanidad permanentemente al borde de la catástrofe, individual o colectiva.

Hoy, la catástrofe no es una posibilidad entre otras, sino “el mismo medio en el que vivimos”. Fluido, disperso, acelerado, imprevisible, atomizado... organizado en red. Al dismantelar todas las piezas que armaban un mundo común, el capitalismo contemporáneo produce *al mismo tiempo* condiciones catastróficas de precariedad y supervivientes que compiten sin tregua para no caer en el agujero negro de la exclusión (sin visibilidad, sin contactos, sin recursos). El otro se vuelve un objeto, un obstáculo o una oportunidad.

Asistimos muchas veces a la paradoja de que, aunque no se haya producido ningún aumento constatable de delitos (a veces, ¡incluso al contrario!), la impresión subjetiva generalizada es de inseguridad creciente. La demanda de seguridad es tan irracional como imbatible porque la inseguridad es existencial. Es nuestra condición contemporánea. El peligro viene de *cualquiera*: no hay semejantes, sino enemigos potenciales.

¿Atiza siempre el poder político esta guerra de todos contra todos (de geometría muy variable)? Puede ser, pero no tiene por qué. Más bien la modula, instrumentaliza y manipula (véase como ejemplo la relegitimación del sistema de partidos en el País Vasco, la designación de “interlocutores religiosos válidos” en las *banlieues* de París o la creación de la figura del “Alto Comisariado para las víctimas” en España a partir del 11-M, encarnado por Gregorio Peces Barba).

Entonces, si para el capitalismo *trucho* la gente es sólo basura, y si hemos normalizado esa instrumentalización de los otros en un escenario de catástrofe donde hay que abrirse paso a codazos, la irrupción de la muerte hace estallar esta relación porque *sólo los otros pueden salvarnos*. (Esto debe leerse en sentido literal y no sólo como metáfora: en el incendio de la discoteca Cromañón, en Buenos Aires, se calcula que un 40% de los chicos murieron por entrar a rescatar a otros chicos, mientras que la mayoría de los agentes de policía y bomberos aguardaban en la puerta por la peligrosidad de los gases tóxicos emanados tras el incendio). Sin embargo, el vínculo con los otros es ambivalente: del mismo modo que pueden salvarme, también pueden pisarme la cabeza. De hecho, cuando algunos de los *sobrevivientes* de Cromañón entraron a rescatar a otros chicos se encontraron con la escalofriante escena de algunas personas que en ese mismo momento robaban alcohol en la sala o zapatillas a los muertos, en el escenario mismo de la masacre y la muerte, absolutamente indiferentes a la suerte de los demás... y a la suya propia.

Las prácticas que se despliegan

El descubrimiento de que sólo los otros pueden salvarme da lugar a una nueva sensibilidad o, si se quiere, a una nueva politización. Una nueva politización que se mueve en la cuerda floja, en el filo de lo ambiguo, pues apuesta por la construcción de lo común como única vía de liberación, asumiendo que esta construcción de lo común de ningún modo está garantizada. Habrá que construir, sí, lo común, pero *cimentado en y sobre un vacío*. Construir lo común cimentado en un vacío es vérselas con la ambigüedad; es crear mundos donde recuperar la libertad tanto como hacerse cargo de la carga de negatividad que la masacre, el atentado, el “accidente”... han depositado en supervivientes, víctimas y afectados. Es, con toda seguridad, abandonar la acción política con modelos, con *línea correcta*.

Esta creación de mundos, donde poder volver a vivir, despliega unas prácticas singulares:

- Se pone el amor en primer plano y no el resentimiento o el deseo de venganza. Por ejemplo, el grupo “Mañana en Paz” practica lo que ellos denominan *hermanamientos*: tras el atentado de las Torres Gemelas, visitaron en Afganistán e Irak a otros *daños colaterales*, como familias que habían perdido a sus seres queridos en los bombardeos estadounidenses... Según los testimonios de “Mañana en Paz”, el carácter “de persona-

a-persona” de la visita establecía inmediatamente un “lazo común de sufrimiento compartido” y demostraba ser, no sólo de gran potencia política, sino también absolutamente terapéutico.

- Se comunica desde el sentir y no desde la ideología. Sin embargo, la ideología no para de pelear por recuperar su terreno. Por ejemplo, la lucha de los familiares de los retenes forestales de Guadalajara es considerada de derechas por el hecho de que los políticos del PP son los únicos que acuden a las convocatorias, pensando con ello obtener un rédito político de la crítica al gobierno autonómico, socialista, responsable político de la gestión del incendio. Ajenas a esta identificación con la derecha, las familias no comprenden por qué la respuesta social a este incendio ha sido tan tibia, sobre todo si se la compara con la que hubo en el caso del Prestige. La soledad de estas familias es doble, porque además de haber perdido a sus seres queridos se ven ahora aisladas de los sectores sociales que podrían acompañarlas en su lucha, “simplemente” por el hecho azaroso de que el incendio se produjera bajo un gobierno socialista.

- Se problematiza la separación entre lo público y lo privado. Determinadas formas tradicionales de lucha exigen pelear por la visibilidad y perder la fuerza del anonimato. Sin embargo, no todo el mundo está dispuesto a ejercer de “pilarmanjón” y a pagar el enorme coste que exige la exhibición continuada, la asunción de un rol que no ofrece tregua ni camino de retorno. Este conflicto entre visibilidad y anonimato es muy vivo y, probablemente, nunca se resolverá. Las fotos, los nombres, las biografías de los seres queridos... ¿son de dominio público o de uso privado? Esta indefinición complica las relaciones con la prensa, imposibilita las campañas. El ir y venir entre el silencio (“hoy no tengo ganas de hablar, no me preguntes, no sé qué decir”) y la resistencia al olvido, que exige presencia, discurso y visibilidad, todo ello unido a menudo a la intangibilidad de las *reivindicaciones*, da lugar a una tensión no concluida. Mientras que algunas familias viven cada aparición mediática como una nueva y desgarradora exposición, otras están dispuestas a asumir ese sacrificio a cambio de que lo sucedido no se olvide.

- Se crea un grupo-comunidad con participación directa e inmediata de todos en la vida de todos, una nueva *familia* que reemplaza, en muchos casos, a las relaciones sociales anteriores, que después del acontecimiento son vistas como banales y, por tanto, extrañas. Como dijo Bibiana, una mamá de Cromañón, “yo ya no puedo estar con mis amigas, porque ellas hablan de la peluquería, de pintarse las uñas... y a mí eso ahora ya no me interesa”. Pero el extrañamiento respecto a las relaciones anteriores no sólo afecta a las que podemos prejuzgar como banales, sino a todas aquellas que no saben, no quieren o no pueden reinventar un nuevo lazo *con un nuevo sujeto*.

- La vinculación es subjetiva. De ahí la importancia de verse como afectados, no como víctimas. ¿Quién puede decir que alguien es *afectado*, salvo uno mismo?

- Se trabaja continuamente por restablecer la horizontalidad, luchando contra todas las jerarquías, también contra la jerarquía del dolor y sus escalafones patriarcales, que dicen que un hijo es más que un sobrino y una novia menos que una esposa. La lucha contra la jerarquía del dolor, lucha que nunca es definitiva, junto con la vinculación subjetiva, es lo que nos permite, a los afectados no directos, ser acogidos en estos procesos que, de esta manera, dejan de ser meros grupos de autoayuda para convertirse más bien espacios de elaboración colectiva donde la apertura hacia “el afuera” es motivo de alegría. Sin

embargo, cuando la jerarquía del dolor se impone, la dificultad para participar en los espacios colectivos sin ser afectado directo es mayor, insuperable en ocasiones.

- Se trabaja continuamente por reconstruir lo común, sin que lo común sea una identidad. Reconstruir lo común no significa ser un grupo cada vez más numeroso, sino incluir lo diferente, poniendo siempre en primer plano lo que une. Como dijo Pilar Manjón en su comparecencia ante la Comisión de Investigación el 15-12-04, en un discurso elaborado por la “Red Ciudadana tras el 11-M”, “todas las víctimas son víctimas. El sufrimiento no reconoce fronteras ni ideologías. Desde nuestra legitimidad como afectados seguiremos insistiendo. Señorías: no utilicen nunca más, ni aquí ni en ningún otro contexto, el dolor de las víctimas con fines partidistas. No lo utilicen como bandera de su propia causa. Somos un signo de unión. Queremos ser signo de unión y diálogo entre los ciudadanos democráticos que sostienen opciones distintas. Nuestro sufrimiento debe ser la prueba y el ejemplo vivo de la unión que ustedes, los unos y los otros, no logran ser”.

- Se trata de inventar nuevos sentidos para la vida cuando se han desplomado los antiguos. Una madre que perdió a su hijo el 11-M nos decía: “estos malnacidos... nos han roto la casa”. Aquí, los valores familiares en torno a la casa quedan de pronto vaciados de sentido por la desaparición abrupta y repentina del hijo. Si no se inventan otras razones para la existencia, la amargura y la impotencia están garantizadas: se vivirá para siempre en un decorado vacío. Pero también ocurre a veces que los afectados sienten que pueden aprovechar (dolorosamente, sin duda) lo ocurrido para volverse “mejores personas”. La sensibilidad hacia los otros se afila extremadamente. Como se respondía a sí misma Mauge, superviviente de Cromañón: “¿Sos sobreviviente de Cromañón y te hacés cargo de eso solamente? No: soy sobreviviente de Cromañón, y por eso me hago cargo de lo que pasa en la sociedad”.

Todas estas prácticas tienen sus flujos y reflujos en un constante y frágil ir y venir. Se trata de luchas no lineales y sin victoria definitiva, porque los caminos de la vida y los de la política no siempre van a coincidir y porque, como dice nuestra amiga Ivana, del Movimiento Cromañón, hablando sobre sí misma y la relación entre los logros del movimiento y su propio estado de ánimo, “cuanto mayor es el logro más grande es el vacío”.

Las dificultades para sumarse

En primer lugar, queremos hacer notar que cuando nosotros nos acercamos a la experiencia de la “Red ciudadana” no lo hicimos porque durante el 11-M hubiésemos tomado conciencia de alguna verdad que a partir de ahí quisiéramos divulgar. Más bien ocurrió todo lo contrario. Como hemos explicado, los sentidos se nos hundieron el 11 de marzo. Nos queda una herida abierta, un problema. No nos involucramos en la “Red ciudadana” porque compartamos una identidad, sino porque allí tenemos todos un mismo problema que cada cual vive de manera muy diferente: para seguir adelante, necesitamos aprender de nuevo a vivir, crear nuevos mundos desde el vacío y sobre el vacío, aunque no todos vamos a aprender ni a crear lo mismo. Por eso la palabra *acompañamiento*, que nosotros mismos usamos para nombrar nuestra posición, no nos acaba de convencer: propone una imagen según la cual hay una jerarquía entre quienes tienen un problema y quienes sólo tienen solidaridad que aportar, cuando la realidad es

que *todos* los que estamos en la “Red Ciudadana” buscamos compañía en nuestro propio devenir, sin buscar por ello un devenir idéntico.

En segundo lugar, también hay que explicar que si acudimos a la “Red ciudadana” no es por considerarlo de buenas a primeras un espacio idóneo, sino porque fue el *único* que se abrió al vacío de una nueva situación. No se trata, por tanto, de una decisión *libre*, sino de una necesidad que precisa desesperadamente de una salida y la encuentra rebuscando entre lo que hay. Por tanto, nuestro estar en la “Red ciudadana”, y en el resto de experiencias que se nos han abierto, también ha tenido que desbloquear las muchas dificultades con las que se tropieza el acercamiento a este tipo de luchas.

Las dificultades para el acercamiento a estas *luchas del vacío* no están sólo en el terreno de la conciencia (aunque también, como ahora veremos). Por ser luchas que se mueven en la ambivalencia, en la cuerda floja, por ser luchas protagonizadas por una comunidad de gente cualquiera, unida azarosamente por el dolor, no esperemos encontrar en ellas ninguna pureza ideológica. Sin embargo, las dificultades para el acercamiento van mucho más allá de los desacuerdos ideológicos. Son más bien del tipo: “todo esto está muy bien, pero yo no me veo ahí”.

De entre las dificultades que observamos y que, en cierto modo, también sentimos, podemos destacar:

- La falta de espacios de elaboración en las redes militantes, porque no se percibe que lo ocurrido haya abierto las condiciones para una lucha, ¡y a veces ni siquiera se percibe que la misma lucha en marcha lo sea!

- La desincronización en los tiempos: la militancia y el activismo son ansiosos, van de una cosa a otra, conectan y desconectan, cambian de contexto... mientras que los duelos son lentos, avanzan y retroceden y, de alguna manera, siempre se quedarán ahí.

- La percepción de que *acompañar* estos procesos es algo *de verdad*: ahí no puedes entrar y salir a conveniencia porque la desconexión hace daño a los otros, es un golpe bajo... Hay que *hacerse cargo* y eso significa acompañar también en los momentos bajos, todo lo contrario de lo que incentiva la sociedad-red y, en muchas ocasiones, las mismas redes militantes. Hacer de los momentos bajos un dispositivo de potencia es un bello e interesante desafío, pero provoca mucho vértigo.

- La ausencia de un lenguaje previo para designar lo que estamos haciendo y, por tanto, comunicarlo, contagiarlo, generalizarlo. Ya hemos mencionado las dificultades con la palabra *acompañamiento*, pero no es el único caso. Por ejemplo, la palabra *política* en la “Red ciudadana” significa partidismo, manipulación, división, instrumentalización... Nada que ver con lo que significa en las redes militantes. Muchas veces estamos usando lenguajes prestados por la psicología social, es decir, con la *interface* de una terapia. O palabras vacías como *paz*, *unidad*... que de pronto adquieren otro sentido. Ni siquiera el acontecimiento tiene nombre. En las entrevistas que estamos realizando, y en muchos otros casos, los testimonios se refieren al 11-M como “ese día”, “lo que pasó”, “aquello”... como si se tratara de algo innombrable, en contraposición con el Movimiento Cromañón, que sí ha conseguido poner un nombre a lo que ocurrió: no una catástrofe, sino *una masacre* (“ni las bengalas ni el rocanrol, a nuestros pibes los mató la corrupción”).

- La dificultad para establecer una plataforma reivindicativa o pliego petitorio, lo que dificulta la posibilidad de establecer una relación de fuerzas y empuja a crecer hacia adentro, lo cual puede saber a poco si se mantiene el modelo de lucha heredado de la lucha de clases, basado, entre otras cosas, en conquistar contrapoder a base de acumular fuerza siempre por suma (de gente, de conciencia, de movilizaciones, de logros...). Es cierto que otros modelos de lucha, tales como la insumisión, se han basado más en socavar, descreer, deslegitimar... Pero también han requerido de unas prácticas que les dieran visibilidad y han ofrecido unos procedimientos concretos para organizar la solidaridad. Aquí no tenemos nada de todo eso, pues la simple solidaridad es imposible y la vía de crecer hacia adentro no permite cuantificar los logros, lo que dificulta sentir que se está luchando salvo que se esté muy adentro del proceso.

- El hecho de tener que bregar con lo ambiguo, de moverse en el filo. Por ejemplo, hubo voces en la “Red Ciudadana” que querían organizar una campaña para agravar la ley del menor a propósito del juicio contra el *gitanillo*, el menor que ha sido el primer procesado por el 11-M acusado de trasladar 20 kilos de Goma2 utilizados por los terroristas del 11-M desde Asturias hasta Madrid.

- El hecho de que las alianzas que se establecen a veces parecen completamente ajenas, ya que vienen de ambientes religiosos, de la psicología social... Cambian los rituales, los procedimientos... Por poner un ejemplo, en las reuniones de la “Red Ciudadana” es imposible seguir un orden del día porque no se acierta a compartimentar las temáticas, porque todos los asuntos están en un mismo plano de importancia, porque cualquier cosa pasa a ser lo interesante, porque lo que se tiene que decir puede decirse con cualquier lenguaje... Esto hace que más que reuniones lo que se producen sean encuentros que nos parecen desordenados pero en los que, sorprendentemente, se llegan a tomar acuerdos.

- La ausencia de un enemigo claro, que por una parte hace que el odio no quede fijado pero por otra hace enmudecer, al no tener a nadie contra quien gritar. Como consecuencia, y unido a la falta de reivindicaciones concretas, también la falta de amigos a priori. Cada amistad es un proceso laborioso que se cuece lentamente, porque no te haces amiga de las ideas de alguien, de su ideología o de su lucha, sino de una persona que desea que participes directa e inmediatamente en el rehacerse de su vida, sacudida por la máquina de vacío y puesta toda ella y de una vez.

- La privatización de las luchas. La idea de que estas luchas tienen unos propietarios, que son las víctimas, y que el papel de los demás es secundario, porque nadie puede compararse con quienes tienen el problema en primera persona. Asumir esta privatización es una forma de dificultar la *generalización* de estos procesos y su resistencia a la jerarquía del dolor.

Esto no significa que las dificultades para sumarse a estas luchas estén todas del lado de los *militantes* que no saben suspender o reinventar sus saberes previos ni despojarse de ellos para componerse con la nueva situación. Otros tipos de subjetividades encuentran también otras muchas dificultades. Si destacamos éstas es porque son las más cercanas y, como ya hemos dicho, en gran medida las nuestras propias.

Las amenazas que las atraviesan

Aunque estas *luchas del vacío* también pueden ser reprimidas, sus mayores amenazas no son las detenciones ni la cárcel, sino las múltiples formas de desactivación que, en mayor o menor medida, se están dando continuamente para impedir que vida y política se encuentren. Por tanto, no se trata de amenazas singulares, sino de las que cualquier vida puede sentir, y de hecho siente, en su normalidad. Esta coincidencia es un motivo más de indagación, uno de esos problemas comunes que compartimos en la “Red ciudadana”.

En efecto, las amenazas son de tipo:

- Quedarse en el vacío. Victimizarse, dejarse ganar por el miedo y la impotencia.
- Aceptar como un hecho incuestionable la incomunicabilidad de la experiencia: “nadie puede saber por lo que estoy pasando”.
- En ocasiones, la reacción social a una catástrofe culpabiliza a las víctimas de su propia suerte: en el caso Cromañón, “estaban drogados, borrachos”; en el caso de Guadalajara, “actuaron por su cuenta, arriesgaron demasiado”, etc. Y esa culpabilización puede doblarse por una autculpabilización: “¿por qué ellos y no yo?”. La culpa por estar vivos mantiene a mucha gente deprimida, tendida permanentemente en el sofá, y por ejemplo sigue provocando suicidios entre los supervivientes de Cromañón.
- Que la respuesta a la instrumentalización sea pasivizante: “si mi lucha va a servir para que otros acumulen poder a causa de mi dolor, mejor me quedo en casa”. Esto ocurre en la “Red ciudadana”: el silencio y el anonimato son una opción de resistencia cuando la lógica de bandos ha ocupado enteramente el espacio público y saliendo a la calle corremos el peligro de electrocutarnos. Pero, como dice una amiga, “eligiendo el silencio hay una posibilidad que muere”.
- Hacer de la guerra el paradigma dominante: asumir que el tablero de ajedrez es nuestro escenario. Definirse a la contra, en un plano de enfrentamiento y no de creación, en una lógica de bandos y no de autonomía de una voz afectada. Es a lo que se nos invita cuando, en una movilización en la calle, alguien se acerca y pregunta: “y vosotros, ¿de qué víctimas sois?”.
- Izquierdizar las luchas. Es una tentación pensar que estas luchas deben dotarse de un enemigo (la derecha) y de unos aliados claros (la izquierda), y trabajar para ello. Pero al izquierdizar las luchas la interpelación al hombre anónimo se pierde y ya no se habla a todos, sino sólo a los que pertenecen a un bando.

Para ilustrar estas amenazas, hagamos *zoom* por un momento sobre algunos aspectos que rodean la experiencia de la “Red ciudadana”. Esa experiencia se desarrolla en la era ZP: en el desierto de lo social desactivado (finalmente, “se notó a la hora de votar”), lo político tradicional vuelve al primer plano. A través del contraataque de la “nueva derecha” tras el 14-M (la ruptura de muchos consensos de gobernabilidad instituidos que comentábamos más arriba) y de la *desaparición* del “no a la guerra”, la lucha política satura el espacio público y las víctimas son etiquetadas. Así, pasamos de “en ese tren íbamos todos” a “en ese tren llega ZP”. Al revés de lo que exigía Pilar Manjón en

su discurso, las víctimas ya no son de todos y de nadie. Pertenecen a un bando y están contra el otro. El abrazo social que rodeó a las víctimas el 11-M se destrenza, lo común se rompe: aparece el fantasma de *las dos Españas*.

En este punto, queríamos contar la historia de los Peones Negros, nuestros *siniestros hermanos gemelos*. El colectivo de los autodenominados “Peones Negros” ha surgido en torno al blog *Enigmas del 11-M* que gestiona Luis del Pino, uno de los periodistas que investigan los posibles *agujeros negros* que hay en la investigación sobre los atentados de Madrid. En su afán por denunciar que el 11-M fue un golpe de Estado fruto de una conspiración, los “Peones Negros” han llegado a autoorganizarse en el terreno de lo virtual para leer el voluminoso sumario en busca de esos “agujeros”. Y además, se han autoconvocado también físicamente los días 11 de cada mes para celebrar en distintas ciudades españolas concentraciones en las que piden que se sepa “toda la verdad” sobre los atentados. Para ello, se han apropiado de algunos de los símbolos y las consignas más importantes del 11-M: “todos íbamos en ese tren”, “queremos la verdad”, las velas, el antiguo santuario de Atocha, donde se celebran las concentraciones, etcétera.

Los “Peones Negros” se relacionan con el acontecimiento 11-M no a partir de un vacío (qué sentido inventar a lo sucedido), sino de una completitud: “murieron por España”, es decir, los muertos son mártires que testimonian por una causa previa. El vacío a elaborar como problema (¿qué puede hacerse para que esto no se repita? ¿Qué es justicia? ¿Qué significa reparación?) Queda colmado por el enemigo a abatir: ZP y, por extensión, quienes no luchen suficientemente contra la “balcanización de España”, incluido el PP cuando “vacila”. Paradójicamente, los Peones Negros testimonian que la crisis del 11-M *aún* altera los equilibrios instituidos y *al mismo tiempo* buscan su neutralización, llenar el vacío.

Algunos antiguos miembros de la “Red ciudadana” se encuentran ahora en el entorno de los “Peones Negros”, que ofrecen hoy una lucha, una forma de fidelidad activa y pública a la memoria de las víctimas, un sentido, nos guste más o menos. A partir de aquí se trata de pensar la temible potencia que demuestra la “nueva derecha” en la explotación de los malestares (irrepresentables en el sistema de partidos) que no se politizan autónomamente, que no encuentran espacios colectivos para hacerlo. ¿Debemos nosotros reconstruir, frente a esa Nueva Derecha, una Nueva Izquierda, como nuevo polo de referencia unitario, o inventar otras formas de interrogar y componernos con los mismos malestares que la Nueva Derecha explota?

Las trazas de estas luchas en otras

Coincidiendo con la preparación de este texto se están produciendo en diversas ciudades movilizaciones contra la carestía de la vivienda. En Barcelona está tomando cuerpo la consigna “En dos años, la mitad”: si durante dos años dejamos de comprar viviendas, el precio bajará a la mitad. ¿No sería esta consigna, salvando las distancias, del mismo tipo que esa otra de “Mañana votamos, mañana os echamos”, que se gritó el 13-M? ¿No se trata, en ambos casos, de interferir en lo que hay (política, mercado...) con las herramientas al alcance de la mano (elecciones, hipotecas) para transformar la realidad, sin horizonte utópico alguno? Una y otra consigna remiten a una “decisión personal” (votar, comprar...), pero habiendo cambiado antes las condiciones en las que esta decisión personal va a tomarse.

El frescor y lo inesperado de estas movilizaciones resuena con el 13-M: una autoconvocatoria que se autoorganiza mediante la producción de consignas sobre el terreno y que no se autopercebe como un gueto porque acoge el anonimato y la multiplicidad. Una movilización en la que lo más importante no es lo que cada grupo o movimiento trae preconcebido, sino lo que produce *in situ* la alegría de estar juntos sin tener ni idea de quién tienes al lado; donde la energía no se produce a partir de visibilizar la presencia de los distintos movimientos sociales como tales, sino precisamente por el hecho de no poder reconocerlos. Un espacio horizontal (pero no asambleario) donde no se pelea por la hegemonía de la consigna propia, sino donde la *unidad* se construye a partir de la escucha y la escucha hace que los lemas no se pisen, que se sigan las iniciativas de los demás confiando en su buen hacer y que se cuide, así, la alegría de estar juntos.

Esta resonancia con el 13-M es hasta cierto punto determinante, puesto que todavía se suceden las polémicas sobre su autoría (¿fueron las redes sociales de la izquierda?) y sobre la identidad de los autoconvocados (¿fue una multitud?). Sin duda, hay una correlación entre las interpretaciones que se hacen del 13-M y la acción política que se emprende, o viceversa. Para quienes afirman que las principales autoras del 13-M fueron las redes sociales de la izquierda, la tarea será reconstruir y fortalecer esas redes, favoreciendo encuentros “de carne y hueso” que vayan más allá de lo virtual. Para quienes ven en el 13-M un *swarming civil* espontáneo, el desafío consistirá en combatir cualquier atisbo de centralización y en hacer redes, muchas redes, y cuanto más descentralizadas mejor.

Para quienes creemos que la práctica del 13-M no se puede deducir de ningún sujeto previo (redes militantes, izquierda, multitud, tal o cual segmento de población), la tarea es atender sobre todo a los nuevos sentidos que esa práctica produjo, a lo que funcionó y lo que no funcionó entonces. No tratar de asignar una identidad a lo desconocido (quién había *de atrás*), porque en todo *acontecimiento* los efectos exceden a las causas, se da una ruptura y las personas se transforman en algo distinto de lo que eran antes. En ese sentido hablamos también de *anonimato*. Hay prácticas que son invenciones, prácticas que fundan nuevas formas de entender, sentir y actuar.

El 13-M nos habla de una nueva manera de hacer política (imprevisible, incluyente, horizontal, no utópica, que utiliza la coyuntura, que atiende a lo existencial, que empodera lo social sin dar cancha a los políticos...). Una nueva manera de hacer política que destituye simbólicamente los saberes y las instancias tradicionales de lucha. Se trata de interrogar esa nueva forma de politización y crear a partir de ahí, ya sin vuelta atrás.

Despedida

Al leer y releer estas páginas tenemos la sensación de que lo que tenemos entre manos es un texto fallido. Fallido, porque trata de dar cuenta de una experiencia inabarcable. ¡Hay tanto que no hemos contado! Quizás no seríamos capaces de registrar toda la riqueza de la experiencia por más folios que llenáramos. De alguna forma, su “fracaso” testimonia *fielmente* del inacabamiento y la apertura de esta experiencia. Del vacío que la constituye.

Mientras colocábamos los últimos puntos y comas, una bomba de ETA ha explotado en un aparcamiento del Terminal 4 del aeropuerto de Madrid. Sería insoportable que esta

bomba nos retrotrayese a 20 o 30 años atrás, confirmara todos los saberes previos, de unos y otros bandos, y no peleáramos por aferrarnos a las nuevas posibilidades de intervención que se abren desde el 11-M entre los que *no sabemos lo que ha pasado*. “Qué ha pasado” no es una pregunta intelectual que se satisfaga con una buena interpretación, sino una máquina de vacío capaz de transformar la realidad y posiblemente, en este caso, la única máquina que sea capaz de plantar cara a la alianza entre muerte, política y precariedad. Por eso, hay que hurgar entre las ruinas, entre las pequeñas *zona cero* que la explosión ha provocado, arrimarse a los fragmentos de vacío, escuchar a los que han enmudecido... Los amigos encausados en el sumario 18/98, los amigos ecuatorianos... Morir sin haber llegado a tener una vida, eso no puede ser.

Madrid-Barcelona, enero de 2007

Amador Fernández-Savater (amador@sindominio.net)
Margarita Padilla (mpadilla@sindominio.net)

HACIENDO AMIGO DEL ENEMIGO **PAT MAGEE Y JO BERRY**

Resumen de Juan Gutiérrez

Jo Berry es hija de un diputado inglés muerto en un atentado del IRA y actualmente presidenta de la “Red Internacional de Paz”, formada por víctimas de violencia política de 20 países, empeñadas en transformar su dolor en acción por la paz. Jo aceptó participar en las Jornadas sobre Noviolencia Activa y propuso además acudir en compañía de Pat Magee, el miembro del IRA que dirigió la operación que había quitado la vida a su padre.

Sir Antony Berry, miembro del Parlamento británico fue asesinado en 1984 por las bombas que puso el IRA durante la conferencia del partido conservador (Tory) en Brighton, quedando su hija Jo inmersa en un conflicto del que tenía muy poca idea. Desde entonces ha estado en Irlanda muchas veces y ha trabajado con víctimas y excombatientes de ambos lados. En noviembre de 2000 se encontró con Pat Magee, responsable de la muerte de su padre. Eligió no condenar y emprender un camino de transformación. Fue al encuentro de Pat para oír su historia y verle como un ser humano en vez de como un enemigo sin rostro. Quería poner fin a los círculos de violencia y venganza.

Jo ha puesto en marcha “Building Bridges for Peace” (Construyendo Puentes por la Paz), una organización en la que están sus proyectos de generación de paz.

A sus 20 años, Pat Magee se incorporó a la Armada Republicana Irlandesa: IRA. En 1986 fue condenado a cadena perpetua por su participación en la voladura del Gran Hotel Brighton. Tras su excarcelación en 1999, de acuerdo con lo estipulado en el proceso de paz, se encontró con Jo Berry, a cuyo padre había matado. En la actualidad siguen encontrándose, participando juntos en actos públicos, conferencias y entrevistas, en los que exponen su experiencia de encontrarse con “el otro”, convencidos de la necesidad de dialogar como condición previa para tratar cualquier queja política. Pat ha entablado también contactos con ex soldados y ex prisioneros unionistas (a favor de Reino Unido) encontrando mucho que aprender y comprender en esos encuentros. Hoy entiende que la violencia es una debilidad, pero sigue manteniendo que de verdad en aquel tiempo no había ninguna otra opción que pudiesen tomar.

Ambos han participado juntos en conferencias de paz locales e internacionales, han organizado talleres sobre “Mirar cara a cara al enemigo” y han colaborado en un documental para la BBC. Recientemente también lo han hecho con una compañía de teatro, que ha escrito una obra inspirada en su historia, realizando a continuación talleres y mesas de debate. Han narrado su historia en una cárcel y este noviembre van a participar en una Conferencia Restaurativa en la que expondrán lo que han aprendido y los retos que afrontan. También en noviembre van a dirigir un taller en una conferencia Israel - Palestina.

Intervención de Jo Berry

Hace falta un cambio interior para oír la historia del enemigo. Mi pregunta es siempre si puedo desprenderme de mi necesidad de condenar y abrir el corazón hasta oír la historia de Pat y entender sus motivos. La verdad es que a veces puedo y a veces no

puedo. Es una caminata y una elección, es decir no está nada ordenado, ni metido en una caja.

Siento como si aquel bombazo me hubiese matado una parte de mí. Estaba del todo fuera de mí, pero agarrada de alguna manera a una pequeña esperanza de que algo positivo resultaría del trauma. Así, fui a Irlanda y oí las historias de mucha gente valiosa y valiente que había quedado atrapada por la violencia. Por primera vez noté que mi pesar se escuchaba.

Probablemente usé aquellos primeros días con demasiada ligereza la palabra “perdón”, sin entenderla de verdad. Cuando usé la palabra en televisión quedé anonadada al recibir una amenaza de muerte por parte de un hombre diciendo que había traicionado a mi padre y a mi patria.

Ahora no hablo de perdón. Decir “te perdono” es casi condescendiente, te encierra en un escenario de “nosotros y ellos” en que yo encarno el bien y tú el mal. Con esa actitud no vamos a ninguna parte. Pero puedo sentir empatía y en ese momento no enjuicio. A veces, al encontrarme con Pat he comprendido con tanta claridad su vida que no queda nada por perdonar.

Quería encontrarme con Pat para poner un rostro al enemigo y verle como un verdadero ser humano. Quedé aterrorizada en nuestro primer encuentro, pero quise reconocer el coraje que tuvo al encontrarse conmigo. Hablamos con una intensidad extraordinaria. Le confié muchas cosas sobre mi padre y Pat me contó parte de su historia. En los siguientes años, conociendo más a Pat, siento que he ido recuperando parte de la humanidad que perdí cuando aquella bomba explotó. Pat también está en vía de recobrar su humanidad. Sé que a veces le es duro vivir sabiendo el afecto que tiene por la hija de alguien que mató con una acción terrorista.

Quizá me haya dado cuenta de que, ante todo, estés en el lado que sea del conflicto, si nos hubiese tocado a todos vivir la vida de los otros, hubiéramos acabado todos haciendo lo mismo que ha hecho el otro. Con otras palabras: Si yo me hubiese criado en un entorno republicano es bien posible que hubiera tomado las mismas opciones que Pat tomó.

Intervención de Pat Magee

Quizá algún día pueda perdonarme Jo. Aunque aún sigo reafirmando en mis acciones, siempre llevaré la carga de haber hecho daño a otros seres humanos. Pero no ando buscando el perdón. Si Jo ha podido llegar a comprender por qué alguien como yo ha podido verse envuelto en la lucha armada, algo se ha conseguido. Lo que pasa es que Jo, desde el principio, vino hacia mí con esa intención, quería saber el porqué.

Decidí encontrarme con Jo porque, además de cumplir con una obligación personal, me sentía obligado a explicar, como republicano, qué es lo que llevó a alguien como yo a participar en aquella acción. Le dije que a los 19 años me vi envuelto en la lucha armada al ser testigo de cómo una pequeña comunidad nacionalista era maltratada por los británicos. Esa gente tenía que responder. Durante 28 años he desarrollado mi actividad en el movimiento republicano. Incluso en la cárcel he seguido siendo un voluntario.

El tema espinoso entre Jo y yo es el uso de la violencia. Yo no puedo pretender haber renunciado a la violencia, aunque no me tengo por una persona violenta y he hablado en contra. Estoy al 100% a favor del proceso de paz, pero no soy pacifista y nunca

podré decir en ningún lugar del mundo a nuevas generaciones que se sientan oprimidas “Aguántenlo, póstrense y aguanten”.

Jo me ha contado que después de uno de nuestros encuentros su hija le dijo: “¿Eso quiere decir que ahora puede volver el abuelo Tony?”. Eso se me ha quedado clavado, porque naturalmente en el fondo nada ha cambiado. Por mucho que logremos dos seres humanos encontrarnos, hablar y tratar de entendernos con respeto después de un hecho terrible, la pérdida humana permanece y el perdón no puede abrazar lo perdido. La esperanza está en el hecho de que estamos dispuestos a seguir. El diálogo se mantiene.

Es raro encontrar a alguien tan amable y abierta como Jo. Ha avanzado mucho en su ruta para entender, realmente ha hecho más de medio camino para encontrarme. Es una experiencia de mucha humildad.

Debate y repercusión mediática

Los planteamientos de Jo y Pat dejaron huella no sólo en el interior de las Jornadas, sino también en el exterior. Los periódicos de mayor tirada -del Estado, “El País”; y de Gipuzkoa, “El Diario Vasco”- publicaron en primera página sus fotos y las entrevistas realizadas con ellos; también les entrevistó “Gara” y les dedicó un amplio espacio. Durante toda una semana Euskadi Irratia emitió fragmentos de los diálogos mantenidos con Jo y Pat en su taller durante la Jornada del Miramar.

Las claves de su asombroso y atrayente mensaje –que no gira alrededor del perdón ni de la condena- se barajaron una y otra vez en el intenso debate que ya se inició en la sesión de la mañana sobre “Propuestas y testimonios de víctimas (Cuando el sufrimiento no impide pensar ni actuar)”, y continuó durante el taller de la tarde sin encontrar la forma de poder acabar.

En ese ambiente cálido y compartido, otras víctimas presentes en el Miramar y que hasta ese momento habían callado el horror propio sufrido, se dispusieron a narrarlo. El ambiente que se creó fue muy emotivo.

A mi entender, con la presencia de Jo y Pat se han dado en estas V Jornadas los primeros pasos en una experiencia abierta, prometedora y aún incierta. Jo y Pat están dispuestos, mejor dicho, quieren volver a Euskadi y acompañarnos para avanzar en esta experiencia.